

Henry David Thoreau
COLORES DE OTOÑO

Título original: *Autumnal Tints*.

Recopilación de Walter Harding
Secretario fundador de la Thoreau Society

Traducción
de Silvia Komet

TORRE DE VIENTO

Indice

[1862].....	3
EL TRÉBOL VIOLETA.....	6
EL ARCE ROJO.....	11
EL OLMO.....	15
HOJAS CAÍDAS.....	17
EL ARCE DE AZÚCAR.....	22
EL ROBLE COLORADO.....	28

[1862]

LOS europeos que llegan a América se sorprenden de la brillantez del follaje otoñal. En la poesía inglesa no dan cuenta de semejante fenómeno, porque allí los árboles adquieren sólo unos pocos colores radiantes. Lo máximo que Thomson dice sobre este tema en su poema «Otoño» está en estos versos:

*Mirad cómo se apagan los coloridos bosques,
la sombra que se cierne sobre la sombra, el campo alrededor
que se oscurece; un follaje apretado, umbrío y pardo,
con todos los matices, desde el pálido verde hasta el negro
tiznado.*

y en el verso que habla de:

El otoño que brilla sobre los bosques amarillos.

El cambio otoñal que se produce en nuestros bosques aún no ha causado una impresión profunda en nuestra propia literatura. Octubre apenas ha matizado nuestra poesía.

Muchos de aquellos que se han pasado la vida en las ciudades, sin ocasión de ir al campo en esta estación, jamás han visto la flor o, mejor dicho, el fruto maduro del año. Recuerdo haber cabalgado con uno de esos ciudadanos, a los que, a pesar de que llegaba un par de semanas demasiado tarde para los colores más esplendorosos, el fenómeno lo cogió por sorpresa; nunca había oído hablar de algo así. No sólo muchos habitantes de las ciudades jamás lo han presenciado, sino que la gran mayoría apenas lo recuerda de un año para otro.

La mayoría confunde las hojas cambiantes con las marchitas, como si

uno confundiera las manzanas maduras con las podridas. Creo que cuando una hoja vira de un color a otro más subido, da prueba de que ha llegado a una perfecta y última madurez. Por lo general, son las hojas más bajas, y las más viejas, las que primero se transforman. Pero así como el insecto de colores brillantes vive poco, así las hojas maduras no pueden menos que caer.

Cada fruto, al madurar y justo antes de caer, cuando comienza una existencia más independiente e individual, en la que necesita menos alimento, tanto de la tierra, a través del tallo, como del sol y del aire, suele adquirir un tono brillante. Lo mismo que las hojas. El fisiólogo dice que «se debe a una menor absorción de oxígeno». Se trata de la visión científica del asunto: una mera reafirmación del hecho. Pero a mí me interesan más las mejillas sonrosadas que la dieta que sigue la muchacha. Los bosques y los prados, la película que cubre la tierra, deben por fuerza adquirir un color brillante, prueba de su madurez, como si el planeta en sí fuera un fruto colgado de su tallo con una mejilla siempre mirando al sol.

Las flores no son más que hojas de colores, y los frutos, sólo las que maduran. La parte comestible de la mayoría de las frutas es, como dicen los fisiólogos, «el parénquima o tejido carnoso de la hoja» a partir de la que se forman.

Nuestro apetito suele limitar nuestro concepto de la madurez, con sus fenómenos de color, suavidad y perfección, a las frutas que comemos, y solemos olvidar que la naturaleza madura una inmensa cosecha que no comemos y apenas usamos. En las ferias anuales de ganadería y horticultura, creemos exhibir hermosas frutas, destinadas sin embargo a fines bastante innobles, que no mostramos precisamente por su belleza. Pero en los alrededores y dentro de nuestras ciudades, todos los años se celebra otra exposición de frutos a escala infinitamente mayor, frutos que sacian sólo nuestra hambre de belleza.

Octubre es el mes de las hojas pintadas. Su opulento resplandor destella alrededor del mundo. Mientras los frutos, las hojas y el día en sí adquieren un matiz brillante justo antes de su caída, el año también está a punto de ponerse. Octubre es el cielo del atardecer; noviembre, la última luz crepuscular.

Antes pensaba que valía la pena tomarse la molestia de conseguir una muestra de hoja de cada árbol, arbusto o planta herbácea cambiante, en el momento en que alcanzaban el tono más brillante, que caracteriza la transición entre el verde y el marrón, para dibujarla y copiar su color exactamente en un libro de ilustraciones que se llamaría *Octubre o colores de otoño*. Empezaría con el primer viraje al rojo de las madreselvas y la laca de las hojas radicales, e iría pasando por las del arce, el nogal americano, el zumaque, y muchas bellas hojas moteadas que se conocen menos, hasta los tardíos robles y álamos temblones. ¡Qué recuerdo sería un libro así! Siempre que uno quisiera, sólo tendría que pasar las páginas para hacer un paseo por los bosques otoñales. O, si pudiera conservar las hojas en sí, con todo su color, aún sería mejor. Apenas he avanzado con ese libro, pero he intentado, en cambio, describir por todos los medios esos colores en el orden en que se presentan. He aquí algunos fragmentos de mis notas.

EL TRÉBOL VIOLETA

Alrededor del veinte de agosto, por todas partes en bosques y pantanos, tanto las hojas profusamente moteadas de la zarzaparrilla como las frondas de los polipodios, la marchita y ennegrecida col fétida, el eléboro, y, junto al río, la pontederia completamente marchita, nos recuerdan el otoño.

El trébol violeta (*Eragrostis pectinacea*) está ahora en la cúspide de su belleza. Aún recuerdo cuando vi por primera vez esta hierba en particular. Estaba en una ladera cerca de nuestro río y divisé, a unos setecientos o mil metros de distancia, una franja violácea de unos ciento cincuenta metros de largo en el borde del bosque, allí donde el terreno descendía hacia un prado. Era tan colorido e interesante, aunque no tan brillante, como un campo de rhexia, de un violeta más oscuro, como una mancha de mora espesa y compacta. Al acercarme a examinarlo, descubrí que era un tipo de gramínea en flor, de apenas un pie de altura, con unas pocas briznas verdes y una panícula fina de flores moradas, una niebla violácea, poco profunda y trémula en torno a mí. De cerca, parecía un color apagado que causaba poca impresión, hasta costaba detectarlo. Y, al arrancar una planta, asombraba ver lo fina y poco colorida que era. Pero de lejos y con luz favorable, era de un morado brillante, florido, que adornaba la tierra. Todos esos motivos insignificantes se unían para producir un efecto notable, de lo más sorprendente y encantador, porque los pastos, por lo general, son de un color sobrio y modesto.

Ese magnífico rubor violáceo me recuerda, y reemplaza, al de la rhexia, que empieza a desaparecer en aquel momento, y es uno de los fenómenos más interesantes de agosto. Los macizos de rhexia crecen en amplias franjas u orillos de tierra al pie de las montañas áridas, justo encima de los prados, donde el codicioso segador no se digna a agitar su guadaña; porque se trata de un pasto pobre, que ni siquiera se nota. O, quizá, porque es tan bella que no sabe que existe; su ojo no se digna mirar ni las melastomatáceas ni el fleo de los prados. Sino que escoge cuidadosamente el heno y los pastos más nutritivos que crecen

a su lado, como forraje para su buen ganado, y deja esta bella niebla morada para cosecha del paseante. Más arriba en la montaña también crece la zarzamora, la hierba de San Juan y la coeleria, descuidada, marchita y fibrosa. Qué suerte tienen de crecer allí y no en medio de los pastos que se cortan todos los años. La naturaleza, de esta forma, separa lo útil de lo bello. Conozco muchos sitios en los que no dejan de aparecer año tras año para pintar la tierra con su rubor. Crecen en las colinas suaves, tanto en franjas continuas como en matas dispersas y redondeadas de un pie de diámetro, y sobreviven hasta que las primeras heladas finas las matan.

En la mayoría de las plantas, el cáliz y la corola no sólo son la parte que alcanza mayor color, sino también la más atractiva; en muchas es el pericarpio o el fruto; en otras, como el arce rojo, son las hojas; y en algunas, el tallo en sí es la flor principal o la parte más radiante.

Este último es el caso de la hierba carmín o fitolaca. Algunas de ellas, que se alzan debajo de nuestros precipicios, casi me deslumbran con los tallos púrpura que lucen ahora y a principios de septiembre. Para mí son tan interesantes como la mayoría de las flores y uno de los frutos más importantes de nuestro otoño. Cada una de sus partes es una flor (o un fruto); tal es su abundancia de colores: tallo, rama, pedúnculo, pedicelo, peciolo e incluso las hojas con nervaduras minuciosamente elaboradas de color morado amarillento. Sus racimos cilíndricos de bayas de diversos colores, del verde al morado oscuro, de unos quince a veinte centímetros de largo, caen con gracia hacia todos los lados, ofreciendo alimento a los pájaros; y hasta los sépalos, cuyas bayas los pájaros han cogido, son de un rojo laca, con reflejos púrpura como el fuego, todo encendido por la madurez. De ahí su nombre latino *Phytolacca*, lacea, del árabe lakk, laca. Son, al mismo tiempo, capullos de flores, flores, bayas verdes, morado oscuras, las maduras, y estos sépalos como flores... todo en la misma planta.

Nos gusta ver el rojo de la vegetación de zonas templadas. Es el color de los colores. Esta planta habla de nuestra sangre. Le pide brillo al sol para mostrarse mejor, y debe verse en esta época del año. En las

laderas cálidas parece que madura hacia el veintitrés de agosto. En esa fecha, di un paseo entre un bello conjunto de hierbas carmín, de alrededor de dos metros de altura, que crecían en una pared de la montaña, donde maduran más pronto. Cerca del suelo eran de un rojo carmín profundo y brillante, con una flor que contrastaba con el verde claro de las hojas. Parece un raro triunfo de la naturaleza producir una planta tan perfecta, como si bastara para un verano. ¡Con qué perfecta madurez llega a esta estación! Es el símbolo de una vida exitosa que concluye con una muerte nada prematura, ornamento a su vez de la naturaleza. ¡Ojalá maduráramos tan perfectamente, raíz y ramas brillando en medio de nuestra decadencia, como la hierba carmín! Confieso que me excita contemplarla. Corté una para bastón, porque me gusta tocarla y apoyarme en ella. Me encanta apretar las bayas con los dedos y ver como el jugo me mancha la mano. Caminar entre estos toneles enmarañados de ramas moradas, que conservan y tamizan el resplandor de una puesta de sol, todo un placer para la vista, en lugar de contar las tuberías de un muelle de Londres... ¡Qué privilegio! Porque el añejamiento de la naturaleza no está restringido a la vid. Nuestros poetas han cantado al vino, un producto de una planta foránea que por lo general nunca han visto, como si nuestras plantas no tuvieran más zumo que los trovadores. Esta planta, efectivamente, ha sido llamada la vid americana y, aunque originaria de América, sus jugos se han usado en algunos países lejanos para mejorar el color del vino; así pues, el poetastro quizá celebre las virtudes de la hierba carmín sin saberlo. Aquí hay suficientes bayas para pintar de nuevo el cielo occidental y, si uno lo desea, celebrar una bacanal. ¡Y qué flautas se podrían hacer con sus tallos sanguíneos para acompañar semejante danza! Es una planta auténticamente majestuosa. Me podría pasar el crepúsculo del año cavilando entre los tallos de la hierba carmín y, tal vez, en medio de estos bosquecillos surgiría alguna nueva escuela filosófica o poética. Dura hasta finales de septiembre.

En la misma época, o cerca de finales de agosto, también está en su esplendor otro género de gramínea que me resulta muy interesante, el andropogon. *El Andropogon furcatus*, llamado digitaria; el *Andropogon scoparius*, o tallo azul; y el *Andropogon* (llamado ahora *Sorghum*) *nutans* o maíz guinea. La primera es una gramínea muy alta y lozana de

tallo hueco, de entre uno y dos metros de altura, rematado con cuatro o cinco espigas que se elevan hacia lo alto como si fueran dedos. La segunda también es bastante esbelta y crece en matas de unos sesenta centímetros de altura por treinta de ancho, con tallos huecos a menudo ligeramente curvados que, a medida que las espigas salen de la flor, tienen un aspecto de maraña blancuzca. Es notable la presencia de estos dos pastos en suelos secos y arenosos y en las laderas de las montañas. Los tallos de ambas, por no mencionar sus bellas flores, tienen un matiz violáceo, y ayudan a señalar la madurez del año. Tal vez sienta tanta simpatía hacia ellas porque el agricultor las desprecia y ocupan un suelo estéril y abandonado. Son muy coloridas, como uvas maduras, y expresan una madurez que la primavera apenas sugiere. Sólo el sol de agosto puede bruñir así estos tallos y hojas. El agricultor hace ya tiempo que ha segado el heno de las tierras altas y ni se digna acercar su guadaña al lugar en el que estas lozanas gramíneas silvestres al fin han dado sus escasas flores. A menudo se ven espacios de suelo arenoso y pelado entre ellas. Pero yo camino animado entre las matas de tallos azules, sobre campos arenosos, junto al borde del bosque de robles, feliz de reconocer a estas sencillas contemporáneas. Mis pensamientos abren un surco mientras voy rastrillándolas con la imaginación hasta formar una hilera de pastos. Un poeta de oído fino quizás hasta oiría el zumbido del filo de mi guadaña. Estas dos gramíneas fueron casi las dos primeras que aprendí a distinguir, y, como no sabía cuántas amigas me rodeaban, las tomé por hierbas corrientes. El morado de sus tallos me entusiasma tanto como el de la fitolaca.

Pensad qué buen refugio son para uno, antes de que acabe agosto, del comienzo de las clases y de la sociedad que lo aísla. Puedo ocultarme entre las matas de tallos azules en los confines de los grandes pastizales. Y por las tardes, cada vez que paseo, la digitaria se alza como un guía que dirige mis pensamientos por senderos más poéticos que los recorridos últimamente.

Un hombre puede correr y pisotear plantas que le llegan a la cabeza sin enterarse de que existen, a pesar de que las siegue a toneladas, las esparza por sus establos y alimente con ellas a su ganado durante años. Sin embargo, si se detuviera a observarlas, se sentiría cautivado por su belleza. Hasta la planta más humilde, o hierbajo, como solemos

llamarlas, está allí para expresar alguna idea o estado de ánimo nuestro... ¿Pero cuánto tiempo pasan allí en vano? He recorrido esos grandes pastizales tantos agostos y, a pesar de todo, jamás reconocí esas compañeras violáceas que tenía delante. Las rocé, las pisé y ahora, al fin, se alzan ante mí y me bendicen. La belleza y la riqueza auténticas suelen ser baratas y despreciadas. El Cielo podría definirse como el lugar que los hombres evitan. ¿Quién puede dudar de que estas plantas, que el agricultor ni siquiera advierte, se sientan compensadas de que uno repare en ellas? Puedo decir que nunca las había visto antes, pero, cuando me acerqué a mirarlas cara a cara, me obsequiaron con un resplandor morado de años anteriores. Y ahora, cada vez que voy allí, apenas veo otra cosa. Es el reino y el dominio de los andropogones.

Hasta los suelos arenosos confiesan la maduradora influencia del sol de agosto y, a mi parecer, junto con las lozanas gramíneas que se agitan sobre ellos, reflejan un tono púrpura. ¡Unos suelos carmín, consecuencia de todos los rayos de sol absorbidos por los poros de las plantas y la tierra! Toda la savia o sangre es ahora color granate. Al fin tenemos no sólo un mar morado, sino una tierra morada.

El maíz guinea o andropogon indio, que crece por doquier en vastas extensiones, aunque más raro que el anterior (de sesenta a ciento cincuenta centímetros de altura), es aún más bello y tiene colores más brillantes que sus congéneres, y es muy probable que haya atraído la atención del nativo. Tiene una panícula larga y delgada, ligeramente ladeada, de brillantes flores amarillas y rojas, como una bandera izada sobre unas hojas aflautadas. Estos estandartes refulgentes avanzan sobre las distantes laderas, no como un ejército grande y compacto, sino como una tropa dispersa en fila india, como las de los pieles rojas. Estas plantas se alzan, como ellos, bellas y brillantes en representación de la raza que les da nombre, pero, también al igual que ellos, casi siempre pasan inadvertidas. Cuando pasé junto a esta gramínea y la vi por primera vez, su expresión me persiguió durante una semana, como la mirada permanente de un ojo. Se eleva como un jefe indio que echa un último vistazo a su terreno de caza favorito.

EL ARCE ROJO

Alrededor del veinticinco de septiembre, los arces rojos suelen empezar a madurar. Algunos de los ejemplares más grandes hace una semana que están cambiando de manera notoria, mientras que otros ya lucen todo su esplendor. Advierto uno pequeño, a unos ochocientos metros al otro lado del prado, que destaca sobre el verdor del bosque con un rojo mucho más brillante que el de las flores de cualquier árbol del verano, más llamativo. Hace varios otoños que observo este árbol, que cambia invariablemente antes que sus compañeros, igual que algunos árboles maduran sus frutos antes que otros. Quizá sirva para indicar la estación. Lamentaría mucho que lo talaran. Conozco dos o tres árboles semejantes en otras partes de nuestro pueblo que podrían, tal vez, diseminarse como una variedad de maduración temprana o árboles de septiembre, y sus semillas anunciarse en el mercado, igual que las de los rábanos, si nos preocupáramos por ellos.

De momento, estos arbustos ardientes se alzan principalmente en los bordes de los prados y, por lo que veo a lo lejos, esparcidos por las laderas de las montañas. A veces, en los bosquecillos, se ven muchos árboles pequeños bastante rojos, mientras que los de alrededor permanecen perfectamente verdes, acentuando así la brillantez de los primeros. Lo toman a uno por sorpresa, mientras recorre los campos a principios de la estación, como si se tratara de un alegre campamento de pieles rojas u otros silvicultores cuya presencia no se hubiera advertido.

Algunos árboles aislados, de un carmín brillante, vistos junto a sus congéneres, verdes aún, o a otros ejemplares de hoja perenne, son más memorables que una arboleda entera. Qué bello resulta cuando todo un árbol es como un fruto grande y rojo lleno de jugos maduros, y cada hoja, desde la que está en la rama más baja hasta la más alta de su copa, todo resplandor, especialmente si se lo mira a contraluz. ¿Hay acaso otro objeto más extraordinario en el paisaje? Es visible desde kilómetros, demasiado hermoso para creerlo. Si un fenómeno semejante sucediera sólo una vez en la historia, la tradición lo haría pasar a la posteridad, y al fin acabaría entrando en la mitología.

El árbol que madura de esta forma, antes que sus compañeros, logra una singular preeminencia, que a veces mantiene durante una o dos semanas. Me emociona verlo enarbolar su estandarte escarlata ante el regimiento de moradores del bosque de uniforme verde que lo rodea, y me alejo de mi camino para examinarlo. Un único árbol se convierte así en la belleza coronada de esta pradera, y la expresión de toda floresta de alrededor es, repentinamente, más intensa.

Un pequeño arce rojo ha crecido, por casualidad e inadvertidamente, lejos, en un extremo de un valle retirado, a más de un kilómetro de cualquier camino. Allí ha sido milagrosamente liberado de los deberes del arce, sin por ello descuidar invierno y verano ninguna de sus economías; pero, en virtud de la naturaleza del arce y sin tener que desplazarse, ha aumentado su altura gracias a un crecimiento constante de muchos meses, acercándose al cielo más que en primavera. Ha administrado religiosamente su savia y, como cobijo del pájaro errante, hace tiempo que ha entregado su simiente madura a los vientos, con la satisfacción de saber que, quizá, miles de pequeños arces obedientes están ya instalados en la vida. Bien se merece el reino de los arces. Sus hojas se preguntan de vez en cuando entre susurros: «¿Cuándo enrojeceremos?». Y ahora, en este mes de septiembre, este mes de viajes, cuando los hombres se precipitan al mar, las montañas o los lagos, este modesto arce, sin moverse ni un ápice, viaja en fama e iza su bandera roja escarlata sobre la ladera, para anunciar que ha terminado su trabajo de verano antes que todos los otros árboles y que se retira del torneo. En la undécima hora del año, el árbol que nadie podría haber detectado aquí, en el apogeo de su laboriosidad, por el color de su madurez, por sus rubores, se revela por fin al viajero descuidado y distante, y aleja sus pensamientos del camino polvoriento hacia las soberbias soledades en las que habita. Resplandece visible con toda la virtud y belleza de un arce, *Acer rubrum*. Ahora podemos leer su título, o *rúbrica*, con claridad. Sus virtudes, que no sus pecados, son así de rojas. Aunque el arce rojo tiene el carmín más intenso de todos los árboles, el arce de azúcar o del Canadá ha sido el más celebrado, y Michaux¹ en su tratado de árboles silvestres no habla del color del primero.

¹ François André Michaux (1770-1855), botánico francés conocido por su trabajo sobre los

Hacia el dos de octubre, estos árboles, tanto los grandes como los pequeños, son muy brillantes, aunque muchos están aún verdes. En los bosques talados que empiezan a retoñar, parecen competir entre sí y, en medio del grupo, siempre hay uno en especial de un peculiar rojo escarlata que, por la intensidad de su color, atrae la atención desde lejos y se lleva la palma. De pronto aparece un conjunto de grandes arces rojos, que, en el apogeo del cambio, son las más brillantes de todas las cosas tangibles, donde me refugio. Tal es la generosidad de este árbol para con nosotros. Varían mucho tanto en forma como en color. Muchos son amarillos, virando a rojo; otros, rojos escarlata virando a carmín, más rojos que lo habitual. Mirad aquel bosquecillo de arces y pinos, al pie del pinar de la colina, a unos trescientos metros, de modo que la distancia permite ver todo el efecto de los colores brillantes sin advertir las imperfecciones de las hojas, divisar los amarillos, el rojo escarlata y el carmín en llamas, todos los tonos en contraste con el verde. Algunos árboles conservan aún su verdor, las puntas del follaje apenas coronadas de amarillo o carmín, como los bordes de las avellanas; otros ya lucen un completo rojo brillante que irradia haces regulares en todas direcciones, bilateralmente, como las nervaduras de una hoja; algunos, de formas más irregulares, cuando vuelvo apenas la cabeza y queda oculto el tronco, de modo que desaparece su apoyo en la tierra, parecen sostenerse pesadamente copa sobre copa, como nubes amarillas y rojas, o corona sobre corona, como copos de nieve flotando en el aire y acumulados por el viento. Contribuye enormemente a la belleza del paisaje, que, aunque no haya otros árboles intercalados, no parece una masa de un simple color, sino árboles diferentes de distintos colores y tonos, con el contorno de cada copa nítido, y donde cada una se superpone a la otra. Sin embargo, un pintor apenas se atrevería a diferenciarlos a trescientos metros de distancia.

Mientras cruzo el prado y me dirijo directamente a una elevación baja en esta tarde esplendorosa, veo a unos doscientos cincuenta metros hacia el sol, el follaje de un conjunto de arces que aparecen sobre el borde rojizo brillante de la colina, una franja de unos cien metros de

bosques de Norteamérica, principalmente por *The North American Sylva* (1817). (N. de la T.)

largo por tres de profundidad, del más intenso escarlata, naranja y amarillo, igual a cualquier flor o fruto, o a cualquier matiz jamás pintado. A medida que avanza, bajando por el borde de la colina que hace de primer plano o de borde inferior de este cuadro, aumenta la profundidad de este brillante bosquecillo, que se revela poco a poco y sugiere que todo el valle rodeado de montañas está pintado de este color. Uno se pregunta si los prohombres y los padres de nuestro pueblo no han salido a ver lo que los árboles quieren decir con sus espléndidos colores y su exuberancia por miedo a que tramen alguna travesura. No comprendo qué hacían los puritanos en esta estación, cuando los arces llamean de carmín. Sin duda no rezaban en estos bosques. Quizá por eso construyeron sus templos y los cercaron rodeándolos de caballerizas.

EL OLMO

También el primero de octubre, o algo más tarde, los olmos están en la cúspide de su belleza otoñal, majestuosas masas pardo-amarillentas, tibias aún por el calor de septiembre, que penden sobre la carretera. Tienen las hojas perfectamente maduras. Me pregunto si hay alguna madurez sensata en la vida de los hombres que viven a su sombra. Mientras miro nuestra calle, bordeada de olmos, éstos me recuerdan tanto por su forma como por su color a los haces de trigo, como si la siega se hubiera adentrado en el pueblo y al fin pudiéramos esperar cierta madurez y «sabor» en los pensamientos de sus gentes. Bajo el susurrante follaje amarillo, listo para caer sobre la cabeza de los paseantes, ¿cómo es posible que puedan imponerse ideas toscas o inmaduras? Cuando me detengo allí donde una docena de grandes olmos se inclinan sobre una casa, es como si estuviera dentro de la cascara de una calabaza madura, y me siento blando como si yo mismo fuera la pulpa, aunque quizá mi aspecto sea desastrado y fibroso. ¿Cómo se puede comparar el tardío y verde olmo inglés, que parece un pepino fuera de estación que ni siquiera sabe cuando está a punto, con la temprana y dorada madurez del olmo americano? La calle es el escenario de una espléndida fiesta de final de cosecha. Valdría la pena dedicar un rato a estos árboles, aunque sólo fuera por su valor otoñal. Pensad en esos toldos o paraguas amarillos que se alzan sobre nosotros y nuestras casas a lo largo de cientos de metros, convirtiendo el pueblo en una unidad compacta, un *ulmarium*, que es al mismo tiempo un vivero de hombres. Y después, con qué suavidad y discreción dejan caer su peso y entrar el sol, cuando más se lo desea, para desprender sus hojas en silencio sobre nuestros techos y calles, de modo que el paraguas del pueblo se cierra al fin para guardarse. Veo al granjero que entra en el pueblo con su cosecha camino del mercado y desaparece bajo el dosel formado por las copas de los olmos, como si se internara en un granero o un corral. Y estoy tentado de ir hacia allí, como para descascarillar los pensamientos, ahora secos y maduros, listos para separarlos de los tegumentos. Pero... ¡ay!, imagino que habrá mucha

farfolla y poca sustancia, mazorcas de maíz para los cerdos... porque uno cosecha lo que siembra.

HOJAS CAÍDAS

Alrededor del seis de octubre, las hojas suelen empezar a caer, en sucesivos chaparrones, tras una lluvia o una helada; pero la principal cosecha de hojas, el *summum* del otoño, suele ser alrededor del dieciséis. Alguna mañana de esa fecha, quizá nos encontremos con la mayor helada nunca vista y, cuando empieza a soplar el viento matinal, las hojas caen a chaparrones más densos que nunca. Forman repentinamente un lecho o una alfombra espesa sobre el suelo que, con la suave brisa o incluso sin viento alguno, tiene la forma y el tamaño del árbol de arriba. Algunos árboles, como el nogal americano, parecen desprenderse de sus hojas instantáneamente, como un soldado que baja las armas ante una orden. Y las del nogal americano, como aún son amarillas brillantes, aunque marchitas, reflejan un resplandor luminoso desde el suelo donde yacen. Caen por todas partes al primer toque de la varita mágica del otoño y suenan como gotas de lluvia.

Por el contrario, después de un tiempo húmedo y frío, notamos la cantidad de hojas que han caído durante la noche, aunque aún no sea el toque que hace caer las hojas del arce del Canadá. Las calles están cubiertas por una capa espesa de trofeos, y las hojas caídas de los olmos crean un pavimento oscuro bajo nuestros pies. Tras uno o varios días especialmente cálidos del veranillo de San Martín, percibo que es el calor inusual lo que provoca, más que nada, la caída de las hojas, quizá cuando no ha habido ni lluvia ni heladas durante un tiempo. El calor intenso las madura y marchita repentinamente, igual que ablanda y pone a punto a los melocotones y otras frutas y las hace caer.

Las hojas del arce rojo tardío, brillantes aún, están esparcidas sobre la tierra, con frecuencia un fondo amarillo con manchas rojas, como manzanas silvestres, pero sólo conservan esos colores sobre la tierra uno o dos días, especialmente si llueve. Cruzo por pasos elevados rodeados de árboles por doquier, todos desnudos y oscuros, después de haber perdido su ropaje brillante; pero allí yace, casi tan brillante como

siempre, a un lado del suelo, dibujando una figura tan regular como antes sobre el árbol. Preferiría decir que observo los árboles así, estirados sobre la tierra, como una sombra de color indeleble, que me invitan a buscar las ramas que los sostienen. Una reina se sentiría orgullosa de caminar sobre estos árboles gallardos que han extendido un manto brillante sobre el lodo. Veo unos carros pasar por encima de ellos como una sombra o un reflejo, y a los cocheros prestarles tan poca atención como antes a sus sombras.

Los nidos de los pájaros en los arándanos y otros arbustos, y en los árboles, ya están llenos de hojas marchitas. Han caído tantas en el bosque, que una ardilla no puede correr tras una nuez sin que la oigan. Los niños las rastrillan en las calles, sólo por el placer de tratar con un material tan fresco y crujiente. Algunos barren los senderos y los dejan escrupulosamente limpios, para quedarse a mirar el siguiente soplo que esparza nuevos trofeos. El suelo está cubierto por una capa espesa y el *Lycopodium lucidulum* de pronto parece más verde allí en medio. En bosques densos, las hojas cubren a medias las charcas de quince a veinte metros de largo. El otro día, apenas pude encontrar un manantial que conocía bien, y hasta llegué a sospechar que se había secado, porque estaba completamente oculto bajo las hojas recién caídas. Y, cuando las aparté y aquél quedó a la vista, fue como golpear la tierra con la vara de Aarón para que apareciera un nuevo manantial. Los terrenos húmedos junto a los pantanos parecen secos cubiertos de hojas. En uno de ellos, donde estaba investigando, creía que iba a pisar sobre una orilla frondosa, y metí el pie en el agua a más de treinta centímetros de profundidad.

Cuando voy al río al día siguiente de la gran caída de hojas, el dieciséis, me encuentro con mi barca toda cubierta, fondo y asientos incluidos, por las hojas del sauce dorado bajo el que está amarrada, y zarpo con una carga que cruce bajo mis pies. Si la vacío, mañana volverá a estar llena. No las considero desperdicios que haya que tirar, sino que las acepto como paja o una esterilla apropiada para el fondo de mi carroaje. Cuando entro en la embocadura del Assabet, que es boscoso, toda una flota de hojas me recibe en la superficie, como si estuvieran saliendo del mar, con espacio para dar bordadas; pero, junto a la orilla, un poco más allá, son más espesas que la espuma y casi llegan a ocultar el agua a lo

ancho de cinco metros, debajo y entre los alisos, los cefalantos y los arces, perfectamente secas aún, livianas y con la fibra tensa; y, en un recodo rocoso, donde se reúnen y el viento de la mañana las detiene, a veces forman una especie de media luna amplia y densa que cruza casi todo el río. Cuando viro la proa hacia allí y la ola que forma las golpea, oigo el placentero susurro que producen estas sustancias secas al entrechocar unas con otras. A menudo es sólo esta ondulación lo que permite ver el agua que hay debajo. Este susurro también delata cada movimiento de la tortuga de bosque en la orilla. Incluso en medio del canal, cuando aumenta el viento, las oigo silbar con un susurro. Más arriba, giran y giran lentamente en un gran remolino que forma el río, a la altura de las coníferas, donde el agua es más profunda y la corriente las arrastra a la orilla.

Tal vez, por la tarde de aquel día, cuando las aguas están perfectamente calmas y llenas de reflejos, remo con suavidad por el brazo principal y, río arriba por el Assabet, llego a una caleta silenciosa, donde inesperadamente me veo rodeado por millares de hojas, como si fueran compañeras de viaje con el mismo propósito, o falta de propósito, que yo. Mirad esa gran flota de hojas-barco dispersas entre las que remamos por la bahía de este río plano, cada una de ellas curvada hacia arriba gracias al talento del sol, cada nervadura rígida, como las canoas de piel, con todos los posibles dibujos, probablemente como la barca de Caronte navegando entre las demás, algunas con proas y popas elevadas, como los majestuosos navíos de la antigüedad, que avanzaban despacio sobre las aguas mansas, o como las densas ciudades flotantes chinas, en las que uno se pierde como al entrar en alguna feria de Nueva York o de Cantón, por lo abigarrado del conjunto. ¡Con qué suavidad han sido depositadas sobre las aguas! Sin ninguna violencia, aunque, quizá, algunos corazones palpitantes estuvieron presentes en la botadura. Hay también patos coloridos, el espléndido pato americano, que a menudo sale a navegar entre las hojas pintadas, corbetas de un modelo aún más noble.

¡Qué saludables tisanas habrá ahora en los pantanos! ¡Qué generosos

aromas medicinales de las hojas en descomposición! La lluvia que cae sobre las hierbas y las hojas recién secadas que llenan las charcas y las zanjas en las que han caído limpias y rígidas pronto se convertirá en una infusión —tés verdes, negros, marrones y amarillos, de todos los grados de intensidad—, con fuerza suficiente para poner a toda la naturaleza a cotillear. Las bebamos o no, estas hojas, antes de que se extraiga toda su sustancia, secadas en la gran tetera de la naturaleza, tienen unos tonos tan delicados y puros como los que han hecho famosos a los tés orientales.

¡Cómo se mezclan todas las especies, robles y arces, castaños y abedules! Pero la naturaleza no se recarga de ellas; es un perfecto granjero que las almacena a todas. ¡Imaginad qué inmensa cosecha es derramada cada año sobre la tierra! Ésta, más que ningún grano o semilla, es la gran recolección del año. Los árboles devuelven a la tierra con intereses lo que han tomado de ella. Están a punto de añadir una capa de hojas a la profundidad del suelo. Mientras converso con un hombre que me habla sobre el azufre y los costes de transporte, pienso que de esta bella forma la naturaleza obtiene el mantillo. Gracias a esta descomposición todos somos más ricos. Me interesa más este cultivo que el césped inglés o el grano. Prepara el humus virgen para futuros maizales y bosques con los que la tierra prospera. Mantiene nuestra casa en buenas condiciones.

En cuanto a diversidad de belleza no hay cultivo que pueda comparársele. Aquí no se trata sólo del mero amarillo de los granos, sino casi de todos los colores que conocemos, sin exceptuar el azul más brillante: el arce temprano ruborizado, el zumaque venenoso enarbolando sus pecados escarlata, la morera, el rico amarillo cromado de los álamos, el rojo brillante de los arándanos que pinta el fondo de las montañas. Los toca la helada y, con el soplo más ligero del retorno del día o la sacudida más leve sobre el eje de la tierra, ¡mirad qué lluvia de colores cae de ellos! La tierra está engalanada. Y, a pesar de todo, las hojas siguen viviendo allí en el suelo, a cuya fertilidad y volumen contribuyen, y en los bosques de los que vienen. Caen para elevarse, para subir más alto en los próximos años, por medio de una

química sutil, trepando por la savia a los árboles y a los primeros frutos que caen de los árboles jóvenes, trasmutadas al fin en una corona que, al cabo de los años, las convierte en el monarca de los bosques.

Es agradable caminar sobre este lecho de hojas fresco y crujiente. ¡Con qué belleza se retiran a su sepultura! ¡Con qué suavidad yacen y se convierten en mantillo, pintadas de mil colores, perfectas para ser el lecho de nosotros, los vivos. Así desfilan hacia su última morada, ligeras y juguetonas. No caen sobre las hierbas, sino que corretean alegres por la tierra, eligen un terreno, sin vallas de hierro, susurrando por todos los bosques de los alrededores. Algunas eligen el sitio donde hay hombres que yacen debajo enmohecido y se reúnen con ellos a medio camino. ¡Cuántas revolotean antes de descansar en silencio en sus tumbas! Ya han volado tan alto que vuelven al polvo con enorme satisfacción y se depositan allí abajo, resignadas a yacer y a descomponerse al pie del árbol para ocuparse de la alimentación de las nuevas generaciones de su especie y volver a ondear en lo alto. Nos enseñan a morir. Uno se pregunta si llegará el momento en que los hombres, con su presuntuosa fe en la inmortalidad, yazcan con la misma elegancia y madurez, y, en un veranillo de San Martín como aquél, se desprendan de sus cuerpos como de sus cabellos y sus uñas. Cuando caen las hojas, toda la tierra se convierte en un agradable cementerio al que entrar. Me encanta pasear y cavilar sobre sus sepulturas. Aquí no hay epitafios vanos. ¿Y qué si uno no tiene su sepulcro en Mount Auburn? La tumba seguramente estará preparada en algún rincón de este extenso cementerio, consagrado desde tiempos inmemoriales. Aquí no hace falta asistir a una subasta para asegurarse un sitio. Hay suficiente lugar. Las primulas florecerán y el pájaro de los arándanos cantará sobre vuestros huesos. El leñador y el cazador serán vuestros sacristanes, y los niños pisarán los canteros tanto como quieran. Entremos en el cementerio de las hojas... el auténtico cementerio de la floresta.

EL ARCE DE AZÚCAR

Pero no creáis que el esplendor del año ha acabado; porque así como una flor no hace primavera, tampoco una hoja caída hace un otoño. El más pequeño de los arces de azúcar de nuestra calle hace un despliegue espectacular a partir del cinco de octubre, mucho más pronto que cualquier otro árbol del lugar. Miro por la calle principal y parecen pantallas pintadas, instaladas delante de las casas; aunque muchos tienen aún las hojas verdes. Pero ahora, o más hacia el diecisiete de octubre, cuando casi todos los arces rojos y algunos arces americanos están desnudos, los grandes arces de azúcar están en su esplendor, con un fulgor amarillo y rojo, desplegando unos matices inesperadamente brillantes y delicados. Es notable el contraste que a menudo ofrecen entre el rojo profundo de una mitad y el verde de la otra. Se convierten por fin en densas masas de amarillo intenso con un rubor escarlata oscuro, o más que un rubor, en las superficies expuestas. Son ahora los árboles más brillantes de la calle.

Los más grandes de nuestra plaza mayor son especialmente bonitos. Un amarillo delicado, pero más cálido que el dorado, es ahora el color dominante, con las mejillas coloradas. Sin embargo, si uno los mira desde el lado este de la plaza justo antes de la puesta del sol, cuando la luz de poniente se filtra entre ellos, ve que su amarillo uniforme, comparado con el limón claro de un olmo cercano, viene a ser una especie de rojo, y eso sin que se noten las partes rojizas. Por lo general, son grandes masas ovaladas amarillas y rojas. Parece como si las hojas absorbieran toda la tibieza del sol de la estación, del veranillo de San Martín. Las hojas más bajas e internas, junto al tronco, son, como de costumbre, del más delicado amarillo y verde, como el cutis de los jóvenes criados en casa. Hoy hay una subasta en la plaza, pero la bandera roja apenas se ve entre este resplandor de color.

Los fundadores del pueblo apenas se imaginaron semejante éxito

cuando trajeron de otras partes del país algunos troncos rectos con la copa cortada, y los llamaron arce de azúcar; y, si mal no recuerdo, una vez plantados, un empleado de comercio sembró alubias alrededor, para divertirse. Los que en broma se llaman hoy en día «troncos de alubias» son de lejos los objetos más notables de nuestras calles. Todos valen mucho más de lo que han costado —a pesar de que uno de los concejales, mientras los plantaba, cogió un resfriado que le causó la muerte—, aunque sólo sea porque han llenado de color los ojos abiertos de los niños tantos octubres. Ni se nos ocurriría pedir que nos concedieran un paisaje tan justo en otoño. La riqueza, en las casas, puede que sea herencia de unos pocos, pero en la plaza está equitativamente distribuida. Todos los niños por igual pueden deleitarse con esta cosecha dorada.

Está claro que habría que plantar árboles en nuestras calles en vistas a su esplendor de octubre; pero dudo de que la «sociedad botánica» lo tenga en cuenta alguna vez. ¿No creéis que les da otra visión a los niños que se han criado bajos los arces? Cientos de ojos beben sin parar este color, y estos maestros pillan y educan hasta a los que hacen novillos en cuanto pisan la calle. En realidad, hoy en día en las escuelas no se enseña nada sobre el color ni al holgazán ni al estudioso. Pero éstos en cambio, son los colores brillantes de la tienda del boticario y de los escaparates del pueblo. Es una lástima que ya no tengamos arces rojos ni nogales americanos en nuestras calles, porque nuestra caja de acuarelas está muy incompleta. En lugar, o además, de darles estas cajas de colores a los jóvenes, deberíamos ofrecerles estos tonos naturales. ¿Dónde, si no, podrían estudiar los colores con mayor ventaja? ¿Qué escuela de pintura puede competir con esto? Pensad en los ojos de todo tipo de pintores, de fabricantes de telas y papeles, de estampadores y tantos otros, que podrían educarse con estos colores otoñales. Los sobres de la papelería pueden ser de distintos colores; sin embargo, no son tan variados como las hojas de un solo árbol. Si uno quiere un matiz o tono diferente de determinado color, lo único que tiene que hacer es examinar desde dentro, o desde fuera, el árbol o el bosque. Estas hojas no se meten todas en un mismo tinte, como en una tintorería, sino que están matizadas por todo el espectro infinitamente diverso, y puestas allí a secar.

¿Acaso los nombres de tantos colores no siguen derivando de esos lugares lejanos e ignotos, como amarillo de Nápoles, azul de Prusia, siena, ocre, amarillo resina? (Sin duda el púrpura de Tiro ya se habrá desteñido a estas alturas). ¿O de triviales, en comparación, artículos comerciales como el chocolate, el limón, el café, la canela, el burdeos? (¿Compararíais el nogal americano con un limón, o un limón con el nogal americano?). ¿O de minerales y óxidos que muy pocos hemos visto alguna vez? Acaso cuando describimos a nuestros vecinos el color de algo que hemos visto, ¿nos referimos a ello con el ejemplo de algún objeto cercano o con el de un lugar de la tierra que está en la otra punta del planeta y que probablemente encontrarán en la botica pero que nunca llegarán a ver? ¿Acaso no tenemos una tierra bajo nuestros pies, sí, y un cielo sobre nuestra cabeza? ¿O es muy poco azul ultramarino? ¿Qué sabemos de los zafiros, las amatistas, las esmeraldas, los rubíes, el ámbar y cosas por el estilo la mayoría de quienes pronunciamos esos nombres en vano? Dejemos esas palabras preciosas para los vigilantes de museos, los virtuosos y las damas de honor, para los nobles, los maharajás, las princesas del Indostán o cualquier otro. No veo por qué, desde que se ha descubierto América y sus bosques de otoño, nuestras hojas no pueden competir con las piedras preciosas para darles nombre a los colores; y, efectivamente, creo que con el correr del tiempo, los nombres de nuestros árboles y arbustos, así como el de las flores, entrarán en la nomenclatura popular cromática.

Pero mucho más importante que el conocimiento de los nombres y la distinción de los colores, es el placer y el júbilo que esas hojas coloridas producen. Esos árboles brillantes de la calle, sin otras variedades presentes, equivalen, como mínimo, a un festival anual o a una semana entera de celebraciones. Estos sencillos e inocentes días festivos, que celebran todos y cada uno, no necesitan de la ayuda de comisiones ni vigilancia, porque esta exhibición puede desarrollarse con toda tranquilidad sin atraer a jugadores ni vendedores de licor, y sin ninguna policía especial para mantener el orden. Qué pobre debe de ser el pueblo de Nueva Inglaterra que no tenga arces en sus calles de octubre. Este festival no necesita fuegos de artificio ni campanas, a pesar de que cada

árbol es un estandarte vivo de la libertad en el que se agitan cientos de banderas.

No es de extrañar que tengamos ferias ganaderas, campeonatos de otoño, hermandades de septiembre y cosas por el estilo. Porque la naturaleza celebra su propia fiesta anual en octubre, no sólo en las calles, sino también en cada valle y montaña. Hace un tiempo, cuando veíamos un bosquecillo de arces rojos resplandeciente, en el que los árboles se ponían sus ropajes más deslumbrantes, ¿no nos imaginábamos a un millar de gitanos debajo —una raza capaz de disfrutar con lo salvaje— o incluso la vuelta a la tierra de sátiros y ninfas legendarios? ¿O sólo se nos ocurría pensar en una reunión de leñadores o propietarios que inspeccionaban sus tierras? E incluso antes, cuando remábamos por el río en medio del aire de grano fino de septiembre, ¿no parecía que hubiera algo nuevo bajo la chispeante superficie del agua, una especie de sacudida, al menos, que hacía que nos diéramos prisa para llegar a tiempo? Las hileras de sauces y cefalantos amarillentos a ambos lados, ¿no parecían una fila de casetas, bajo las cuales, quizás, burbujeara un nuevo ser fluvial e igualmente amarillo? ¿No sugería acaso todo esto que el ánimo del hombre fuera a elevarse tan alto como la naturaleza, a desplegar su bandera y a dejar que una análoga expresión de placer y júbilo interrumpiera la rutina de su vida?

Ningún desfile ni formación de tropas, ninguna celebración con sus uniformes y estandartes pueden atraer al pueblo una milésima parte del esplendor anual de nuestro octubre. Sólo tenemos que plantar árboles, dejarlos y la naturaleza se ocupará de las coloridas vestiduras —banderas de todas las naciones, algunas de las cuales son símbolos privados apenas legibles para el botánico— mientras caminamos bajo los arcos triunfales de los olmos. Dejad que la naturaleza determine los días, sean o no los mismos que los de los estados vecinos, y que el clero lea sus proclamas, si es que pueden entenderlas. ¡Contemplad lo majestuosa que es la bandera de la madreselva! ¿Qué comerciante de espíritu cívico, creéis, ha contribuido con esta parte de la exhibición? No hay pintura ni escultura más bella que esta enredadera, que cubre todo el lado de algunas casas. Creo que ni la hiedra perenne puede compararse con ella. No me sorprende que la hayan introducido

ampliamente en Londres. Dejadnos, pues, con todos estos arces, olmos y robles colorados, digo yo. ¡Brillad! ¿Acaso todo el colorido que un pueblo puede exhibir es esa sucia bandera del cuartel? Un pueblo no está completo a menos que tenga árboles que señalen las estaciones. Son tan importantes como la torre del reloj. Nadie pensará que un pueblo que carezca de ellos pueda funcionar bien. Le falta un tornillo, una pieza esencial. Ojalá tengamos sauce para la primavera, olmos para el verano, arces, nogales y nisas para el otoño, árboles de hoja perenne para el verano y robles para todas las estaciones. ¿Qué es un museo en un edificio comparado con un museo en la calle que el hombre recorre quiera o no? Por supuesto que no hay galería de arte en el país que valga tanto como estas vistas del oeste a la puesta del sol, bajo los olmos de nuestra calle principal. Son el marco de un cuadro que se pinta día a día detrás de ellos. Una avenida de olmos tan grande como la más grande que tenemos, y cinco kilómetros que parecen desembocar en un sitio admirable, aunque sólo sea Concord.

Un pueblo necesita estas inocentes y estimulantes perspectivas de luz y aliento para mantener alejada la melancolía y la superstición. Enseñadme dos pueblos, uno con la fuerza de los árboles y centelleante con las glorias de octubre; el otro, una trivial tierra baldía sin árboles, o sólo con uno o dos para los suicidas, y no tendré duda alguna de que en este último encontraré a los religiosos más fanáticos e intolerantes y a los bebedores más desesperados. Estarán a la vista todas las tinas para lavar, las lecheras y las lápidas. Los habitantes desaparecerán bruscamente detrás de sus graneros y sus casas, como los árabes del desierto entre las rocas, y tendré que vigilar que no lleven lanzas. Estarán dispuestos a aceptar la doctrina más triste e insulsa —como que el fin del mundo se acerca a toda prisa, o ya ha llegado— y que ellos mismos han cogido el camino equivocado. Quizá se aprieten entre sí las manos y llamen a eso comunicación espiritual.

Pero si nos limitáramos a los arces... ¿Qué pasaría si nos esforzáramos en protegerlos la mitad de lo que nos esforzamos en plantarlos? ¿Acaso atamos estúpidamente los caballos a los tallos de nuestras dalias?

¿Qué se proponían los fundadores al plantar esta institución

perfectamente viva delante de la iglesia... una institución que no necesita reparación ni pintura, que crece constantemente y su propio crecimiento la repara? Seguramente, «Trabajaron con una triste sinceridad sin poder liberarse de Dios... Plantaron, aunque no lo sabían, el árbol de la conciencia para que floreciera su belleza».

En verdad, estos arces son predicadores fáciles, siempre en el mismo sitio, que dicen sus sermones durante medio siglo, un siglo y un siglo y medio, cada vez con mayor unción e influencia, como pastores de muchas generaciones de hombres; y lo menos que podemos hacer es proporcionarles colegas adecuados cuando empiezan a enfermar.

EL ROBLE COLORADO

Sospecho que algunas hojas del roble colorado, que pertenece a un género notable por la belleza de sus formas, superan en riqueza y en la silvestre hermosura de sus contornos a todos los demás robles. Lo considero así por el conocimiento que tengo de unas doce especies y por los dibujos que he visto de muchas otras.

Hay que pararse debajo de este árbol y ver con qué delicadeza se recortan sus hojas contra el cielo, como si fueran unas pocas puntas afiladas que se extienden desde el centro de la nervadura. Parecen dobles, triples o cuádruples cruces. Son mucho más etéreas que las hojas de roble menos festoneadas. Tienen una frondosidad tan poco «tierra firme» que parece confundirse con la luz y apenas obstruye la vista. Las hojas de las plantas muy jóvenes, como las de los robles adultos de otras especies, son más enteras, sencillas y abultadas en su forma; pero éstas, en lo alto de los árboles viejos, han resuelto su problema de frondosidad. Elevadas cada vez más alto, y cada vez más nobles, desecharndo año tras año cierto espíritu prosaico para cultivar una mayor intimidad con la luz, tienen al fin la mínima cantidad posible de materia terrosa y una mayor comprensión y alcance de las influencias celestiales. Allí bailan entrelazadas con la luz, girando con galanura sobre espacios fantásticos cual pareja perfecta en un salón aéreo. Están tan íntimamente confundidas con la luz, que con su esbeltez y superficies satinadas, en la danza apenas se puede distinguir qué es luz y qué es hoja. Y cuando el céfiro no sopla, la mayoría son una espléndida tracería de las ventanas del bosque. Vuelvo a impresionarme con su belleza cuando, un mes más tarde, forman una capa espesa que cubre el suelo de los bosques, apiladas una sobre otra bajo mis pies. En lo alto son marrones, pero debajo, moradas. Con los estrechos lóbulos y los audaces festones que llegan casi al centro, sugieren que debe ser un material barato o, por el contrario, exageradamente caro, para que se lo elimine con tanta prodigalidad. O tal vez nos parezcan los restos del material con el que se han troquelado las hojas. Efectivamente, cuando las veo caídas unas sobre otras, me

recuerdan a una pila de trozos de latón.

O llevarse una a casa y estudiarla de cerca a placer, junto al fuego. Se trata de un tipo que no corresponde a ningún carácter de Oxford, no tiene forma de punta de flecha ni tampoco aparece en la Piedra de Rosetta, pero, si alguna vez llegáramos a tallar piedra en este pueblo, estaría destinada a ser esculpida. ¡Qué diseño libre y grato, qué combinación elegante de curvas y ángulos! La mirada se posa con igual deleite en lo que es hoja que en lo que no lo es, en las curvas amplias, libres y abiertas, y en los lóbulos largos, afilados, de puntas erizadas. Si se trazara una sencilla línea ovalada uniendo todos los vértices, la hoja entera quedaría dentro de ella; ¡pero cuánto más generosa es, con su media docena de festones profundos, en los que se detiene la mirada y el pensamiento de quien la contempla! Si fuera un dibujante consumado, pondría mis pupilas en el empeño de copiar estas hojas, que aprendería a dibujar con firmeza y finura.

Si fueran agua, serían como una laguna con unos seis promontorios redondeados que se extienden cerca del centro, la mitad a cada lado, mientras que sus acuosas bahías se internarían tierra adentro, como estuarios muy marcados en los que varios arroyuelos desembocaran... una especie de archipiélago de frondas.

Pero es más frecuente que hagan pensar en tierra, y, así como Dionisio y Plinio comparaban la forma del Peloponeso con la de la hoja de la higuera, esta hoja me recuerda una bella isla salvaje del océano, con una extensa costa, que alterna bahías redondeadas con playas suaves y cabos rocosos y afilados, perfecta para ser habitada por el hombre y destinada a convertirse al fin en un centro de civilización. Para el ojo del marino, es un litoral muy accidentado. ¿No es en realidad una orilla del océano aéreo sobre la que batén las olas feroces? Al mirar esta hoja, todos somos marineros y, por qué no, vikingos, bucaneros, filibusteros. Tanto nuestro amor al descanso como nuestro espíritu aventurero están contemplados en ella. Tal vez al echarle una ojeada muy rápida pensemos que, si logramos sortear esos cabos escarpados, encontraremos un abrigo más calmo y seguro en las amplias bahías. ¡Qué diferencia con la hoja del roble blanco, con sus cabos

redondeados que no necesitan faro alguno! Ésta es como una Inglaterra en la que puede leerse su larga historia civil. Aquélla, como una isla de Terranova o de Célebes aún sin colonizar. ¿Por qué no vamos para ser allí rajas?

Alrededor del veintiséis de octubre, cuando sus congéneres por lo general ya están marchitos, los grandes robles colorados están en su esplendor. Han pasado una semana en llamas, y ahora arden las brasas. Éste es nuestro único árbol autóctono de hoja caduca (con excepción del *Cornus florida*, de los que no conozco más de media docena y todos arbustos grandes) que ahora está en su apogeo. Los dos álamos y el arce de azúcar no le van muy a la zaga, pero a estas alturas ya han perdido la mayor parte de las hojas. De los árboles de hoja perenne, sólo el pino tea por lo general está aún brillante.

Pero hace falta estar especialmente alerta, por no decir tener cierta devoción por estos fenómenos, para apreciar la extendida, aunque tardía e inesperada, gloria de los robles colorados. No me refiero a los árboles pequeños o arbustos, que en general suelen observarse y que ahora están marchitos, sino a los grandes. La mayoría entra en su casa y cierra la puerta pensando que el inhóspito y frío noviembre ya ha llegado, en el momento en que aún no se han encendido los colores más brillantes y memorables.

Este ejemplar perfecto y vigoroso que se alza en un prado abierto, de doce metros de altura, y que el día doce aún tenía un color verde lustroso, se ha tornado ahora, día veintiséis, rojo escarlata oscuro y brillante, como si cada hoja que se interpone entre uno mismo y el sol hubiera estado sumergida en un tinte. El árbol en conjunto parece un corazón, tanto por la forma como por el color. ¿No vale la pena esperar para algo así? ¿Quién iba a pensar hace diez días que ese árbol verde y frío adoptaría semejante colorido? Aún tiene todas las hojas, mientras las de los otros árboles están caídas alrededor. Es como si dijera: «Soy el último en ruborizarme, pero me ruborizo más que todos vosotros. Cierro la marcha con mi casaca roja. Somos los únicos robles que no nos hemos rendido».

La savia circula ahora, e incluso hasta bien entrado noviembre, más rápido en estos árboles, como la de los arces en primavera; y, al parecer, estos tonos brillantes, cuando la mayoría de los otros robles están marchitos, están relacionados con este fenómeno. Están llenos de vida. Y este fuerte vino de roble tiene un aroma y un sabor agradablemente astringente, como a bellota, tal como descubro al golpetearlos con mi navaja.

Si miramos al otro lado del valle boscoso, de unos cuatrocientos metros de ancho, vemos todo el esplendor de esos robles colorados, envueltos en pinos, con sus brillantes ramas escarlata íntimamente entrelazadas. Es allí donde el efecto es completo. Las ramas de los pinos son el cáliz verde de estos pétalos rojos. O, mientras recorremos un camino del bosque, el sol golpea de lleno desde un extremo, ilumina las copas rojas de los robles, que a cada lado se confunden con el verde líquido de los pinos, y crea una escena maravillosa. En efecto, sin los árboles de hojas perennes como contraste, los colores de otoño perderían gran parte de su efecto.

El roble colorado necesita un cielo despejado y el resplandor de los días de octubre, que sacan a la luz los colores. Si el sol se oculta tras una nube, se convierten en algo poco definido. Me siento en un despeñadero al suroeste del pueblo, mientras el sol comienza a ponerse, y los bosques de Lincoln, al sur y al este de mí, están iluminados por sus rayos más horizontales, que realzan en los robles colorados, dispersos por el bosque de manera pareja, un rojo aún más brillante que el que creía que tenían. Cada árbol de esta especie que veo en esas direcciones, incluso sobre el horizonte, se eleva con un rojo majestuoso. Los más grandes destacan en el bosque del pueblo vecino como rosas gigantescas con una miríada de pétalos finos; y algunos, los más finos, en un bosquecillo de pinos blancos sobre la colina del este, casi tocando el horizonte, mezclados con los pinos, hombro con hombro con sus casacas rojas, parecen soldados de uniforme rojo en medio de un grupo de cazadores vestidos de verde. Esta vez se trata del verde de Lincoln. Hasta que el sol acaba de ponerse, no creía que hubiera tantas casacas rojas en el ejército del bosque. El suyo es un carmín en llamas intenso, que irá perdiendo parte de su fuerza, al parecer, con cada paso que uno dé hacia ellos; porque el tono que merodea entre el follaje no se deja ver a esta

distancia, por lo que son unánimemente rojos. El centro del reflejo de este color está en la atmósfera, a lo lejos, hacia el oeste. Cada uno de estos árboles se convierte en un núcleo del rojo, como si con el sol poniente ese color creciera como una brasa al rojo vivo. Se trata, en parte, de un fuego prestado, que coge su fuerza del sol que me da de lleno. Las hojas, al principio, tienen un rojo apagado en comparación con el punto de concentración del fuego, o con unas astillas que se encienden, pero se convierten en un rojo escarlata intenso o en una bruma rojiza que encuentra el combustible en la mismísima atmósfera. Tan viva es su rojez. Hasta los pajarillos reflejan una luz sonrosada a esta hora y en esta estación. Es el árbol más rojo que existe.

Si queréis contar los robles colorados, hacedlo ahora. Subíos a una montaña boscosa en un día claro, cuando el sol no lleve más de una hora en el cielo, y todos los árboles que estén en vuestra campo visual, salvo los del oeste, quedarán revelados. De otro modo, podréis vivir hasta la edad de Matusalén y no llegar a ver ni la milésima parte de ellos. Aunque a veces, incluso en un día oscuro, me han parecido tan brillantes como siempre. Al mirar hacia el oeste, sus colores se pierden en un derroche de luz; pero, en otras direcciones, todo el bosque es un jardín florido, en el que arden estas rosas tardías salpicadas en medio del verde, mientras los supuestos «jardineros» andan de un lado a otro, quizá justo debajo de ellas, con una pala y una regadera, y no ven más que unas pocas áster entre las hojas marchitas.

Ellas son mis reinas Margaritas, mis flores tardías de jardín. El jardinero no me cuesta nada. Las hojas caídas sobre todo el bosque protegen las raíces de mis plantas. Apenas con mirar lo que debe verse, uno tendrá suficiente jardín sin tener que cavar el suelo de su terreno. Sólo hay que levantar un poco la vista para ver todo el bosque como un jardín. La floración del roble colorado, la flor del bosque, sorprende a todos por su esplendor (¡al menos desde la del arce!). No sé por qué, pero me interesan más que los arces; están tan extendidos y repartidos de manera tan pareja por todo el bosque; es un árbol tan noble en su totalidad, tan resistente... Nuestra flor principal de noviembre, que permanece a pesar de la llegada del invierno y nos

llena de tibieza ante la perspectiva del frío. Es asombroso que los últimos colores brillantes sean el rojo escarlata profundo y el rojo vivo, los colores más intensos. El fruto más maduro del año, como una manzana lustrosa de la isla de Orleans que no estará en su punto hasta la próxima primavera. Cuando subo a la cumbre de la montaña, veo miles de estos robles colorados distribuidos a cada lado hasta el horizonte. ¡Los admiro a lo largo de seis, siete kilómetros! ¡Y han sido el paisaje constante de los últimos quince días! Esta flor tardía de bosque supera a todas las de verano y primavera. Sus colores, en comparación, no fueron más que manchas raras y delicadas (creadas para ser contempladas de cerca por el que camina entre la hierba y la maleza más humilde), y no causan impresión desde lejos. Ahora se trata de un bosque extenso o de la ladera de una montaña, a través o a lo largo del que viajamos día tras día, que rompe en flor. Nuestro jardín, en comparación, tiene una escala insignificante (el jardinero sigue abonando unas pocas áster entre hierbajos secos, ignorante de las áster y rosas que lo eclipsan sin necesidad de ninguno de sus cuidados). Es como si uno pusiera contra el cielo crepuscular un plato con una pequeña pintura roja. ¿Por qué no buscar una perspectiva más amplia y elevada y caminar por el gran jardín en lugar de merodear por un pequeño rincón «pervertido», y examinar la belleza del bosque, no la de unas meras hierbas cautivas? Permitid ahora que vuestros paseos sean un poco más aventureros y subid a la montaña. Si a finales de octubre subís a cualquiera de las montañas que rodean nuestro pueblo, o seguramente el vuestro, es muy probable que veáis... pues, lo que me empeñado en describir. Sin duda veréis todo esto y mucho más, si estáis preparados para verlo, si lo miráis. De lo contrario, por muy habitual y universal que sea este fenómeno, tanto si estáis en la cumbre de la montaña como en la hondonada del valle, pensaréis durante setenta años que todo el bosque está, en esta estación, seco y marchito. Los objetos suelen ocultarse de nosotros, no tanto porque estén fuera de nuestro campo visual, sino porque no concentraremos nuestra mente ni nuestra mirada en ellos; porque el ojo en sí no tiene más poder que otra gelatina. No nos damos cuenta de si recorremos algo con la mirada o si, por el contrario, apenas detenemos la vista a escasos metros. Por esta razón, la mayor parte de los fenómenos de la naturaleza se nos ocultan durante toda la vida. El jardinero sólo ve su propio jardín. Aquí también, como

en la economía política, la oferta responde a la demanda. La naturaleza no da margaritas a los cerdos. En el paisaje hay exactamente la belleza que uno está preparado para apreciar, ni un gramo más. Lo que vea un hombre desde determinada cumbre, será tan diferente de lo que vea otro como lo son ambos entre sí. El roble colorado debe, en cierto sentido, quedar en la retina cuando uno siga adelante. No se puede ver nada hasta que estemos poseídos por esa idea y nos la metamos en la cabeza; entonces casi no podremos ver otra cosa. En mis vagabundeo botánicos, me doy cuenta de que primero la idea o la imagen de una planta ocupa mis pensamientos, por muy extraña que resulte en nuestra zona, tan lejana como la bahía del Hudson, y durante algunas semanas o meses estoy pensando en ella y esperándola inconscientemente hasta que, al fin, sin duda la veo. Esta es la historia de cómo he encontrado una veintena o más de plantas raras que podría nombrar. El hombre sólo ve lo que le interesa. Un botánico absorto en el estudio de las hierbas, no distingue el más grandioso de los robles de las praderas. Es como si anduviera debajo de los robles sin darse cuenta o, como mucho, sólo viera su sombra. Mi experiencia me indica que hace falta una intención diferente al observar, en el mismo sitio, para ver diferentes plantas, incluso cuando están tan estrechamente relacionadas como las juncáceas y las gramíneas. Cuando buscaba las primeras, no veía a estas últimas en medio de ellas. ¡Qué diferencia de intención exigirá entonces al ojo y a la mente ocuparse de dos departamentos distintos del saber! ¡Qué diferente es la forma en que miran los objetos el poeta y el naturalista!

Tomemos a un concejal de Nueva Inglaterra, pongámoslo en la más alta de nuestras cumbres y digámosle que observe, que aguice la mirada todo lo que pueda —poniéndose las gafas más adecuadas (que use un catalejo, si lo desea)— y que haga un informe completo. ¿Qué habrá visto? ¿Y qué habrá elegido ver? Desde luego que verá un espectro de Brocken de sí mismo. Por lo menos varios templos y, quizás, que alguien tendría que pagar más impuestos que él, puesto que tiene una extensión de bosque tan bonita. Ahora tomemos a Julio César, o a Emanuel Swedenborg o a un nativo de las islas Fiji, y hagámoslo subir allí. O supongamos que están todos juntos y que después comparan sus notas. ¿Parecerá que han disfrutado del mismo

paisaje? Lo que vean será tan diferente como Roma del cielo y el infierno, o éstos de las islas Fiji. Que yo sepa, siempre tenemos a mano un hombre tan extraño como cualquiera de éstos.

¿Por qué hace falta un buen tirador para abatir presas tan insignificantes como las agachadizas y las chochas? Debe saber cuál es su objetivo y a dónde apunta. Si dispara al azar al cielo porque le han dicho que las agachadizas vuelan por allí, tendrá muy pocas posibilidades. Y lo mismo sucede con el que dispara a la belleza, que, aunque espere hasta que el sol se ponga, no cazará nada si no conoce de antemano las estaciones y las guardadas, el color de las alas... si no ha soñado con ello para poder preverlo; entonces, efectivamente, hace salir las presas a cada paso, les dispara al vuelo con los dos cañones de la escopeta incluso en los maizales. El deportista se entrena, se viste y vigila sin descanso, carga y pone el cebo para su presa. Suplica que aparezca y ofrece sacrificios: así la consigue. Tras una larga y adecuada preparación, adiestrando su mirada y sus manos, soñando despierto y dormido, con sus remos y su escopeta va en pos de aves que la mayoría de los habitantes de la ciudad ni se imaginan, y rema durante millas con viento en contra, y camina con el agua hasta las rodillas, todo el día sin comer, y así cobra sus piezas.

Cuando empieza, ya las tiene casi en su saco; sólo le falta abatirlas. El auténtico deportista puede disparar sobre cualquiera de sus presas casi desde su ventana; ¿para qué, si no, tiene ventanas y ojos? El ave sale al fin y se posa en el cañón de su escopeta. Pero el resto del mundo jamás nota ni siquiera las plumas. Los gansos vuelan exactamente debajo del cémit del cazador y graznan en el preciso instante en que llegan, de modo que éste podrá incluso dispararles por la chimenea; veinte almizcleras se pelearán por caer en cada una de sus trampas para que no estén vacías. Si vive y su espíritu de caza aumenta, antes le fallarán el cielo y la tierra que las presas; y cuando muera, irá quizá a tierras de caza más vastas y felices. El pescador, también, sueña con peces, ve en sueños corchos cabeceando en el agua y casi podría coger los peces con la mano para echarlos en su espuenta. Conocí una niña a la que mandaron a coger arándanos y encontró montones de grosellas, donde nadie sabía que hubiera tantas, porque estaba acostumbrada a cogerlas en el pueblo del que venía. El astrónomo sabe adonde ir para ver un conjunto de

estrellas y tiene una en mente incluso antes de verla por el telescopio. La gallina rebusca y encuentra comida justo debajo de donde está; pero no es ése el sistema del halcón.

Estas hojas brillantes que he mencionado no son la excepción, sino la regla; porque creo que todas las hojas, hasta las hierbas y los musgos, tienen colores más brillantes justo antes de caer. Cuando uno se acerca a observar con exactitud los cambios de las plantas, incluso de las más modestas, se da cuenta de que cada una tiene, tarde o temprano, su peculiar color otoñal; y si uno se propusiera hacer una lista completa de cada uno de esos tonos brillantes, sería casi tan larga como el catálogo de las plantas del lugar.